

La educación en Medellín a finales del siglo XIX

según El señor doctor de Alfonso Castro

Publicado originalmente en la revista número 34-35 de diciembre de 1995

Estella María Córdoba Giraldo

(Colombia, 1960-v.)
Historiadora de la Universidad Nacional de Colombia. Biógrafa
de expresidentes colombianos, investigadora y autora de
algunos artículos.



Resumen

La historiadora Estella María Córdoba Giraldo ofrece un cuidadoso retrato de la educación en Medellín a finales del siglo XIX. A la luz de nuestras actuales prácticas pedagógicas e imaginarios sociales, relacionados con la formación profesional, el texto nos recuerda, de manera creativa, cuáles eran las técnicas socialmente aceptadas para convertirse en médico: castigos, reglamentación de las conductas, seguimiento de rutinas convertidas en hábitos, sumisión estratégica de los estudiantes al sistema de títulos como mecanismo para ratificarse en una clase social o para ascender los peldaños de la estratificación social de prestigio. La estrategia narrativa empleada por la autora representa un valioso aporte en la medida que descubre en la novela *El señor doctor*, de Alfonso Castro (1878-1943), publicada en 1927, un registro literario de la educación en la época y espacio que agudamente analiza. No debe olvidarse que el análisis de dicha novela fue realizado por la historiadora Córdoba en el año 1995.

Palabras clave

Educación, profesión médica, discursos, técnicas de castigo, sumisión, ascenso social y estratificación.

El sistema educativo en Antioquia adquiere fuerza a mediados del siglo XIX, cuando se fundan varios establecimientos públicos y privados, y posibilita que sectores distintos a la élite mejoren su estatus social. El empleo de castigos severos no es exclusivo de esta época, antes y después es un elemento recurrente

de la práctica educativa; pero a finales del siglo XIX se logra que la severidad de los castigos se cuestione y que algunos sean suprimidos, por causar daños físicos y psicológicos en los alumnos. La educación se basaba en el terror y el castigo y no en el amor por formar hombres que, gracias a su cultura y conocimientos, trabajaran para mejorar económica y moralmente la sociedad.

Muchas veces, desde el hogar, la disciplina del estudio la adquiría el niño a través de fuertes y continuas reprimendas, mucho más severas si el padre deseaba que su hijo estudiara y se hiciera doctor para ascender socialmente y dejar atrás tanta pobreza. La educación se convertía en un medio y no en un fin.

En escuelas y colegios los profesores ejercían su autoridad a base de fuerza, fieles al lema “la letra con sangre entra”, sin importar que dicha concepción implicara el deterioro moral del sistema educativo, de los educandos y de la sociedad. El sistema educativo era sinónimo de castigo, persecución y represión. Los profesores, para conservar sus puestos (conseguidos muchas veces como pago por favores políticos), mantenían el “orden” gracias a la solícita colaboración de estudiantes “juiciosos, sumisos y pone quejas”, resultado de una serie de intimidaciones físicas y psicológicas que lograban echar hondas raíces en algunos alumnos, y que dejaban marcajes más o menos profundos en todos.

La novela *El señor doctor* es de carácter autobiográfico. En ella el autor consignó varios episodios de la historia de la educación y la sociedad medellinense de finales del siglo XIX y principios del XX. Describe la educación secundaria y universitaria, la transformación del alumno en médico y los estragos ocasionados por una educación represiva en la personalidad de un “ser pobre”, que aceptó la alternativa ofrecida por la sociedad para escalar posiciones a través del estudio.

En la primera parte Alfonso Castro narra con detalle aspectos de la educación medellinense de finales del siglo XIX, por la que tenía que atravesar un estudiante

con aspiraciones a optar al título de médico cirujano. El alumno, que asistía al Colegio Santander, institución privada, a pesar de los privilegios de su clase no estaba exento del régimen de terror educativo; los castigos, muchas veces, eran superiores a la falta cometida o incluso no era preciso infringir la norma para merecer ser castigado.

Aguirre, como la mayor parte de los profesores del Colegio Santander y los maestros de ese entonces, era excesivamente rígido y altivo con sus educandos, y llevaba, como especialidad de su invención, en dos o tres cuadernos, una contabilidad muy complicada sobre las mínimas faltas que aquellos cometieran. Tradúzcase en privaciones de recreo; arrestos por la tarde y días de fiesta; paradas en los corredores a pie firme, con los brazos en cruz, soportando el rigor del sol; en los clásicos encierros tras de las puertas; en alzamientos, como animadas estatuas, por horas y horas, sobre los pupitres; en interminables arrodilladas, sopapos, tirones de orejas, estrujones y hasta varazos de vez en cuando. Un régimen de terror y venganza contra la juventud, organizado sistemáticamente y propio para deprimir el carácter y formar hombres hipócritas, cobardes y revoltosos, y que, en todo caso, tornaba la escuela en lugar de persecución y castigo, esencialmente odioso (pp. 22-23).¹

Solo quienes demostraban obediencia y sumisión, quienes eran lambones y acusetas, se veían libres de ser castigados y recibían el dudoso privilegio de convertirse en bedeles durante la hora de paso. Para un estudiante de clase pobre la situación era más difícil, pues además de contar con el rechazo y burla de sus compañeros ricos debía congratularse con sus superiores. Pero contar con el favor de los superiores permitía conseguir el prestigio de que carecía, y nada más fácil que delatar las faltas de sus compañeros para ser “respetado” por alumnos y profesores.

El régimen de castigos generaba, en quienes veían la educación como un medio para adquirir estatus social, la necesidad de vigilar y delatar. Ser un alumno delator,

¹ Todas las citas fueron tomadas de A. Castro (1927). *El señor doctor*. Medellín: Tipografía Industrial. Se respeta la ortografía del original.

ascender por medio de los errores de los demás, no era un comportamiento mal visto por los educandos, que no reflexionaban acerca de los peligros que esta práctica producía en el individuo y en la sociedad. El alumno acostumbrado a sobresalir a expensas de las debilidades ajenas lo continuaba haciendo siempre que viera la oportunidad.

Algunos estudiantes, con el ánimo de conseguir prestigio frente a los profesores, se hacían el firme propósito de no incurrir en faltas, de ser muy “formales”, a sabiendas de que la docilidad y el acato a todo el régimen imperante era más valioso que las mismas capacidades intelectuales y morales, logrando ser incluidos en la lista de bedeles o “lambones” que vigilaban y acusaban a sus compañeros cuando faltaba el pasante. El bedel era el alumno o subalterno que en las instituciones educativas estaba encargado de cuidar el orden durante las horas de clase y demás actividades realizadas en el plantel. En la hora de paso, los estudiantes podían preparar las lecciones para las próximas clases bajo la vigilancia del pasante o en su reemplazo por el bedel.

Para la cuarta (los de cuarto de primaria) era hora de paso. Aguirre tenía que ausentarse a otra división y era costumbre en tales casos nombrar un bedel para que vigilase el orden y anotase escrupulosamente las faltas de los revoltosos. El bedel asumía entonces actitudes de mandón, convirtiéndose en temible y exigente, y después, con una hoja de papel y un lápiz en la mano lanzaba miradas escrutadoras por todas partes. El más insignificante movimiento, una leve sonrisa o conversación, eran anotados y al llegar el maestro, aquello significaba un tirón de orejas, encierro tras de la puerta, una arrodillada mayúscula o cualquiera otra barbaridad por el estilo. Por supuesto que los mentados bedeles no siempre se andaban con el fiel de la balanza justiciera. A los de puños recios un tanto quisquillosos nunca apuntaban, ni tampoco a los que, temerosos, sabían desprenderse de los níqueles que en las casas daban para golosinas (p. 30).

Un sistema educativo basado en el castigo y el terror produce una serie de individuos “acusetas”, vigilantes-delatores, para garantizar el régimen imperante y que

más tarde harán parte de la sociedad y del mismo sistema educativo. Vigilantes-delatores que consiguen posición y “respetabilidad” por medio de las desgracias y defectos de los demás, y que (así no las produzcan directamente) se alimentan y “engrandecen” a partir de las debilidades ajenas.

Estos individuos, admirados por los superiores, por su docilidad y consagración, facilitan el cumplimiento del “deber” y el “respeto” de la norma; ellos surgen de todas las clases sociales y son susceptibles de producirse independientemente de la cuna en que nazcan. Es importante resaltar que no importa la clase social a la que se pertenezca, pues es el mismo sistema el que elige a las personas que han de vivir a costa de aplastar a sus semejantes. En *El señor doctor* Alfonso Castro muestra cómo ello se debe al régimen educativo impuesto a los jóvenes en una sociedad clasista, que prefiere el “estatus social” a la formación de personas “transparentes”, educadas en la alegría de aprender.

En la novela, un joven pobre, pensando en las ventajas inmediatas que consigue por medio de señalar los errores de sus compañeros, se convierte en un vigilante-delator en la época de estudiante y luego, después de haberse preparado bien para ello, sale de la universidad convertido en un ser hipócrita que desprecia y maltrata a las personas que considera inferiores y es zalamero con quienes pueden mejorar su posición social. Sus compañeros ricos tienen una ventaja respecto al alumno pobre, no tienen la necesidad apremiante de conseguir los favores de condiscípulos y profesores, no tienen que delatar a los demás; al contrario, pueden protestar con cierta tranquilidad ante los castigos impuestos, no tienen que convertirse necesariamente en hipócritas y cobardes si desean ser triunfadores como algunos profesionales. En la novela, el castigo opera distinto en el alumno pobre que en el alumno rico; mientras el pobre adquiere un carácter hipócrita y cobarde el rico se torna revoltoso.

Julio Ríos o Julio del Río (como más tarde se llamará para ocultar un origen que lo avergüenza) envidia las

comodidades y el lujo de los ricos, de quienes si alguna vez recibió humillación y burla casi siempre obtuvo ayuda. Y es precisamente uno de sus colegas, rico por tradición, quien tiende la mano a Julio del Río cuando este, pese a haber conseguido riqueza y estatus social, solo añora la muerte y se suicida.

En *El señor doctor* Alfonso Castro, al tratar el caso Julio Ríos, analiza tres factores: la educación vista como un medio para alcanzar una mejor posición social; el castigo empleado irracionalmente como el medio más fácil para mantener el régimen imperante y la actitud del vigilante-delator que vive a expensas de las debilidades humanas. La combinación de estos tres elementos, en el sistema educativo, produce como resultado la formación de seres débiles, hipócritas y arribistas. En el caso concreto de Julio Ríos, dicha formación, a pesar de haberle permitido mejorar su posición social y conseguir riquezas económicas, lo lleva a la autodestrucción.

Veamos cómo se opera la transformación de un niño alegre y travieso en un hombre débil e hipócrita, que con su comportamiento solapado busca notoriedad y reconocimiento entre aquellas personas de las que espera recibir beneficios y que se muestra abiertamente desconsiderado y casi brutal con quienes considera inferiores.

Un día que andaba desesperado por la falta de empleo, Juan Ríos, albañil de profesión, llegó hasta la Plazuela de San Francisco, donde se celebraban los grados de los universitarios. Lleno de rencor y envidia contra los señores de mejor posición social, decide que su hijo no será como él, un infeliz explotado por todos; decide que su hijo será un mandón, que su hijo será un doctor. Para conseguir su propósito al maestro Juan le tocó sufrir humillaciones y miserias, luchar contra su mujer e hijos que no comprendían bien sus intenciones.

Púsolo al principio en la escuela pública, donde entre palmetazos y arrestos, escapatorias al río y a los prados vecinos, reprimendas constantes de los maestros, y más de una descalabradura en guerras de piedra con

los compañeros, el muchacho coronó la educación primaria. Por supuesto que sin entusiasmos de ninguna clase, y únicamente por obligación, pues la férrea voluntad del padre no se paraba en pelillos para eso de zurrarle la badana cuando era necesario (p. 8).

El amor por el título doctoral lo fue inculcando el maestro Juan a su hijo por medio de castigos severos. Una vez que el chico pasó a la enseñanza secundaria empezó a cambiar su carácter; con tropiezos y rebeldías aprendió, poco a poco, a dejar las travesuras y el desaseo, a comportarse como le indicaban su padre y sus maestros. Fiel a su propósito de convertir a su hijo en doctor, el maestro Juan logró que Julio fuera admitido sin paga en el Colegio Santander “fundado para jóvenes de familias decentes y adineradas” (p. 9), con la condición de que su conducta fuera irreprochable, se mantuviera lo mejor vestido posible y ayudara en el aseo del edificio y en los mandados. Julio aceptó satisfecho la noticia de estudiar en el Colegio Santander, porque implicaba un cambio de posición: no tendría que volver a la escuela pública y sus antiguos compañeros se llenarían de envidia al verlo “alternando con muchachos bien vestidos, hijos de señores de verdad, que tienen coche y son dueños de grandes almacenes...” (p. 14).

Al principio la cosa no fue fácil para Julio, que fue admitido con los de cuarta; sus compañeros de clase a la hora del recreo se burlaban de él, de su pobre indumentaria, del corte de pelo y de las huellas que las niguas habían dejado en sus pies (lo cual le mereció el apodo de Castero Ríos, con el que se le conoció durante su estadía en el Colegio Santander). Julio, que antes fuera un chico despierto, sin miedo a nada, ahora se sentía pusilánime y con ganas de llorar al experimentar, por primera vez, lo que implicaba pertenecer a una clase social baja; y admiraba a sus compañeros por ser libres y dominadores.

Retoñó en su alma, por primera vez, un vago sentimiento de inquietud, incapaz de comprender y analizar, y sintió algo acre, agresivo, hasta entonces no sentido: la angustia del bien ajeno (p. 27).

Confusamente, impulsado por el miedo y el instinto primordial de la propia conservación, formuló para su sayo el propósito de ser muy formal, de no incurrir en ningún castigo y de... quizá... más tarde... adueñarse con su buen comportamiento hasta de la voluntad de los maestros, y de ser de los preferidos...

Surgía en su ánimo, sin darse cuenta, una propiedad defensiva muy femenina: la de encontrar fuerzas en la propia pequeñez y debilidad (p. 32).

Poco a poco, ejercitando la gran virtud del quietismo, de admirables resultados en sociedad; empujándose como humilde sér digno de apoyo; presentando siempre los flancos, nunca el pecho, para no estorbarles el paso a los otros; sonriendo con melancolía ante las burlas frecuentes o bajando los ojos doloridos cuando las palabras duras lo herían; obedeciendo sin réplica y con gesto de manso can agradecido a las órdenes de sus superiores; atendiendo sin pestañear a lo que los maestros decían en clase y levantando oportunamente el índice para significar competencia a toda pregunta no contestada, logró Julio renombre en el Colegio Santander (p. 33).

Con frecuencia, era usado como ejemplo por sus maestros y por el señor director, porque pese a sus escasos recursos sobresalía en los estudios. Para muchos de sus compañeros no era sino otro más de los lambones y acusetas que reinaban en el colegio.

Julio se sentía especialmente intranquilo ante la presencia de los más aristócratas y exhibía una sonrisa sumisa y servicial; la mayoría de las veces que trató de acercarse a los más ricos fue rechazado, y se le recordaba su condición de Castero, lo que aumentaba su rabia y su odio por estos injustos rechazos. Pero, por otro lado, se convencía de la necesidad de mantener un comportamiento apocado y amistoso para despertar la compasión en algunos de ellos: así sucedió con Roberto Cortés, que salió en su defensa en alguna oportunidad en que trataban mal a Julio de Castero; se burlaban de él porque olía maluco, a cebolla o al petróleo con el que le untaban los pies para ahuyentar las niguas. Desde ese día Roberto y Julio fueron amigos, el uno como

protector y el otro ofreciendo admiración y sumisión incondicional. Además, dada la condición aristócrata de Roberto fue la oportunidad para Julio de entrar a un mundo soñado y totalmente desconocido. Julio conoció la casa y la familia de Roberto; fue tal su deslumbramiento que se sintió mal por ser hijo de albañil. Conocer el modo de vida de los ricos despertó en él un sentimiento de molestia en todos los sentidos.

La inconformidad y las garras de mortificantes comparaciones empezaron a destilarle gota a gota su veneno.

Al entrar a su casa todo lo vió gris, feo y sucio. El suelo polvoriento, de pura tierra pisada, sin baldosas; las paredes llenas de desgarrones y cruzadas de rayas y chilguetes, y por único adorno las telarañas en los rincones colgando en flecos imposibles; [...] por ninguna parte nada que indicara gusto o comodidad, ni siquiera un mísero ramito de flores. Todo triste y repugnante como las otras viviendas de las vecindades, que respiraban solo miseria.

Su madre le pareció como más envejecida y melancólica, más maltrajeada e infeliz que siempre [...].

La misma calle se le hizo odiosa: una calle sin empedrar y por donde no podían pasar los coches, llena de huecos y baches y con casuchas inmundas a lado y lado, iguales a la suya, de donde constantemente, como de cuevas, salían muchachos pringosos, con las barrigas de batracio, de ombligos deformes expuestos al aire, que berreaban y gritaban sin descanso, y no tenían el menor inconveniente, ni nadie se los impedía, de cumplir sus necesidades en público, como perros sin amos...

Nó. Tal vida no era para él. Quería la suya como la de sus condiscípulos, llena de comodidades, [...]. El trabajaría y sudaría sin tregua, aun cuando se reventase, si era preciso, para no sufrir tantas privaciones y parecerse algún día a Roberto Cortés, a Juanito Urdinola, a cualquiera de los amigos suyos, que hasta buenos mozos eran de puro lo sabroso que vivían... (pp. 50-51).

En el Colegio Santander se realizaban calificaciones semanales y a fin de año la llamada Fiesta de la Civilización o Acto Público, donde no tenía cabida la gente pobre porque los policías lo impedían. Deslumbraba por la belleza de las señoras y la elegancia de los cachacos. En Medellín había pocos espectáculos; estaban las fiestas religiosas, las de agosto y una que otra función de teatro; la Fiesta de la Civilización permitía a los medellinenses, ávidos de espectáculos, no tanto admirar los conocimientos de los alumnos como sí los bellos trajes y adornos de los concurrentes, separados por sexos en claustros diferentes, soportando la incomodidad de trajes y zapatos, mientras en el patio los examinadores llamaban a los alumnos que esperaban su turno en bancas duras.

Rápidamente ascendió Julio en el colegio debido a las simpatías que le prodigaban los profesores, pues acomodó su carácter a las normas de la institución. Siempre sumiso aceptaba las órdenes con una sonrisa en los labios y se empequeñecía para no estorbar a nadie; hacía pequeñas delaciones contra sus condiscípulos, como sugerencias y sin comprometerse. Julio se convirtió en el bedel obligado para las horas de paso. Al terminar el año escolar, para los de cuarta se realiza el Acto Público al que asisten el maestro Juan y Froilana, quienes llenos de júbilo escuchan cómo su hijo es puesto por el director como ejemplo de alumno modelo, especialmente por haber sabido luchar contra las dificultades de la pobreza. Entre los padres asistentes al Acto Público se va forjando la leyenda de los grandes hombres que surgen a pesar de la pobreza en que nacieron. Froilana no comprende bien, pues ella es testigo de que muchas de las cosas dichas por el director no son ciertas, Julio no es tan buen hijo: “¡Cuando es más descomedido y rascapulgas! Será todo lo bueno que quieran en el Colegio; habrá aprendido hasta muchas cosas en los libros, pero formal en la casa si no es... Más malentraña y preponderante!” (p. 68).

El maestro Juan, cegado por las cosas tan bonitas que dicen de su hijo, no comparte la opinión de la madre, cree que Froilana, como siempre, está en contra

del muchacho, al igual que cuando lo regaña por descomedido y desinteresado por las cosas del hogar. Para el maestro Juan solo importa que Julio vaya por el camino que lo hará doctor.

La familia de Julio se traslada a una casa mejor en el barrio La Asomadera. La consecución de la máquina de coser opera una serie de cambios en el hogar, el prestigio que da la “doméstica” en el mismo vecindario hace que en la casa del maestro Juan se esmeren más por el arreglo personal y del hogar y que, a su vez, mejoren los ingresos familiares. Progresos que nada significan para Julio, quien paralelamente iba adquiriendo prestigio en el colegio; por el contrario, aumentaban su desprecio por los de su familia y los de su clase.

Sugestionado por los elogios de los maestros y el doctoral papel que de fijo desempeñaría en un futuro no lejano, entre los suyos y en la sociedad, trataba a aquellos como señor a la chusma, convencido de que por contextura moral e intelectual estaba muy por encima de los troncos que le dieran savia (pp. 79-80).

Después de las asignaturas en el Colegio Santander había que cursar en la Universidad de Antioquia un año de literatura, antes de obtener el título de bachiller.

Julio, queriendo borrar todo lazo que lo relacionara con la familia del maestro Juan, el albañil, cuando inicia estudios en la Universidad de Antioquia ve la oportunidad precisa para dejar de ser Julio Ríos y matricularse como Julio del Río. “Esto sonaba bien y traía a la mente cierta distinción con remembranzas cortesananas. Doctor del Río, si más largo que doctor Ríos, era de mayor sugestión y con visos de ciencia y respetabilidad más sólidas” (p. 94).

Ya en la universidad añade a su comportamiento de lambón y acusetas una nota de seriedad y retrainimiento que lo hace pasar por interesante. A los de cursos inferiores los miraba con desprecio; nunca hablaba en pro o en contra de las capacidades intelectuales de sus compañeros, lo que hacía pensar que Julio respetaba las capacidades ajenas; ni se metía en discusiones acaloradas propias de los intelectuales.

Esto, que a unos disgustaba o era causa de un gesto desdeñoso, en otros producía asombro y daba margen para que al menos se propagara la duda de que quizá del Río, aislado continuamente, parco en palabras y cortés con los superiores, era un mozo excepcional, no bien comprendido, que si a cada paso no aplastaba con su ciencia y talento, se debía a pura modestia o al manso desdén de hombre superior.

Su vida austera daba pie, por lo demás para juzgarlo como un gran trabajador y un consagrado al estudio, con tanta más razón cuanto que él, como quien no quiere la cosa, y muy de tarde en tarde, impresionaba a sus adictos con la narración de sus largas vigiliadas en especiales estudios de historia, lenguas extranjeras como árabe o griego, astronomía o ciencias ocultas. Labrábese así poco a poco, fama de “raro” y de un tanto chiflado, lo cual nimbaba a las personas de un halo misterioso comparable al que idealiza las cabezas de los santos (p. 97).

Los castigos en la Universidad de Antioquia eran tan brutales que no eran adecuados ni para un régimen penitenciario. Los jóvenes alumnos, por el más leve desacato a la norma, recibían castigos tan severos como el de ser amarrados con grilletes de pies y manos o ir a los calabozos. No tenían derecho a pedir que les fuera conmutada la pena, como sí podían hacerlo los presidiarios.

La Universidad de aquellos tiempos inflamados por los vientos de derrota de la guerra del 85, que puso fin a la dominación del Liberalismo en Colombia, estaba animada por una atmósfera de pasiones y política sectarias, muy distante de la calma, austera y grata, de los centros de estudio. Los vencedores aún conservaban para los vencidos el gesto altivo de la victoria. Ningún profesor, bedel, o sirviente podía ostentar ideas diferentes a las consagradas por el triunfo de las armas. A los universitarios de familias liberales, o que se atrevían a exponer opiniones contrarias a las imperantes, se les miraba con ojeriza, considerándolos como a seres nocivos, sin derechos de ninguna clase y que si gozaban de los beneficios de la educación, era por la piadosa magnanimidad de los dominadores. Cualesquiera de sus actos, palabras u opiniones, eran

juzgados como atentados contra el gobierno, o brotes revolucionarios peligrosos que debían extirparse prontamente, y venían entonces los castigos severos bajo la forma de arrestos, rebajas en las calificaciones de conducta, encierros en los fatídicos calabozos, o aprisionamiento en los cepos.

Porque en esas épocas, y no solo por cuestiones políticas, sino por sistema pedagógico, hijo de morbosas herencias españolas y horrenda incompreensión colectiva de la juventud y de la vida, en la Universidad de Antioquia había cepos y calabozos, como si se tratara de un presidio para empedernidos criminales.

Lugares eran aquellos infectos, de muros de cal y canto y forradas puertas, sin baldosas, y ayunos de la alegría cabrilleante de un rayo de luz, que no penetraba por parte alguna. De suerte que allí reinaban la oscuridad y el silencio más absolutos, al propio tiempo que el olor más repugnante saturaba la atmósfera, pues la humedad y los deshechos humanos allí se amontonaban, sin las modificaciones benéficas que sufren en campo abierto, bajo la acción del sol, del viento y de los microbios nitrificadores. El panóptico de Bogotá, la Ciega de Honda, la Penitenciaría de Tunja, los portales de Cartago, las bóvedas de Bocachica, todas esas prisiones pavorosas, fiel reflejo del alma sombría y cruel que España dejó en tierras de Colombia, son apenas comparables a los sitios de castigo de la segunda aula máxima de la República.

Había cepos para los pies y las manos. Peor el de los pies, porque obligaba al prisionero a permanecer sentado en repugnante estercolero, con las extremidades inferiores metidas en las escotaduras de dos gruesos tablones horizontales, que se cerraban en uno de los extremos por un fuerte candado, lo mismo que el cepo de las manos o muñequero.

[...]
Aplicábase la pena de calabozo, como todas las otras, en infinidad de ocasiones, por faltas nimias que hoy día ni se tienen en cuenta.

[...]
Aquello no admitía reclamo, y cualquier movimiento de repulsa o palabra de protesta, agravaba la suerte

del penado. Y si quien tál intentaba pertenecía al grupo de los mayores, se llamaban tres o cuatro agentes de policía, y ante el desborde de la fuerza bruta y la punta trágica de las bayonetas, no quedaba otro recurso que someterse.

[...]

Era un régimen férreo, en que la Colonia, no obstante las bélicas dianas de Boyacá, proyectaba sus sombras sobre todas las fases de la vida, especialmente sobre las alegrías y bullicios de la juventud. Y el hecho era tanto más explicable si se tiene en cuenta que la mayoría de bedeles y pasantes de mentalidad primitiva, carecían de preparación pedagógica, de nociones claras sobre los recursos y desenvolvimiento de la mente, y que si ocupaban los puestos de guías de los jóvenes, se debía a complacencias oficiales, a intrigas y a la necesidad de los altos poderes de premiar a antiguos servidores de la Causa, con mayúscula, incapaces de habérselas con la existencia fuera del arrimo del Gobierno.

Las víctimas para los calabozos se reclutaban principalmente entre los estudiantes que acudían al salón a las horas de paso, y de preferencia entre los maculados por sus opiniones políticas como descendientes de familias desafectadas al régimen imperante.

[...]

En ocasiones, por cualquier insignificancia, sobrevénia el alevoso cucarrón, terror de pasantes y alegre desquite de los enclaustrados. Practicábase frotando el entablado con los pies o produciendo, con la boca cerrada, un mugido especial semejante a la nota sostenida y monocorde de aquel coleóptero en su vuelo torpe y pertinaz. Poblábanse entonces los calabozos. El pasante airado, agitaba la campanilla, miraba a uno y otro lado, golpeaba la mesa con las llaves, descendía de la cátedra, se movía en todas direcciones, y entre gritos coléricos, iba designando las víctimas, escogidas siempre, como está dicho, entre los de mala fama o de opiniones sospechosas, que valía lo mismo.

Don Pachito era espejo de pasantes y hazmerreír de colegiales. Un viejecito encorvado, de barba entrec-

na, de ojos azules y bonísima persona, con la bondad doliente de los seres pasivos.

[...]

Si al designar la víctima don Pachito advertía que era de los liberalones, hijo de los que en el 79 les pusieron chaqueta a los curas, entonces su energía se afianzaba, tornándose incommovible (pp. 99-106).

En una de las horas de paso se armó el atormentador cucarrón de los pasantes y se escogió para pagar calabozo a uno de los estudiantes, más por su fama que por su participación en el desorden. Con la sorpresa para el vigilante de que el estudiante no aceptó el castigo por considerarlo injusto. Se rebeló y consiguió el apoyo de los demás estudiantes, quienes armaron un motín de tal magnitud que ni la policía se sentía capacitada para someterlos sin derramamiento de sangre. Los estudiantes cada vez se exaltaban más y más ante las consignas:

—¡Abajo la fuerza! ¡Abajo los galones!
—¡Cobardes, no asesinen a la juventud!

[...]

—¡Abajo el Rector! ¡Abajo la tiranía! gritan los más próximos.

—Proceda sin escrúpulos, coronel Guevara, —dice el Rector, demacrado y cenizo de la rabia.

—Con mucho gusto, —responde el militar— pero déme la orden por escrito firmada por usted y por los superiores del establecimiento... No puedo hacerme responsable por la sangre que aquí se derrame... Yo, si usted lo exige, le someto estos jóvenes, pero piense en que tengo que apelar a las armas y... por lo demás, le advierto que creo más oportuno apelar a las vías pacíficas y que no puedo tolerar indefinidamente que se insulte a mis soldados.

Resuelva... (pp. 120-121).

El entonces rector de la Universidad de Antioquia no encontró apoyo en ninguno de los profesores, todos se escondieron, y sin más remedio tuvo que dar la orden de dejar salir del establecimiento al estudiante en

cuestión, a quién más tarde se le aplicó la pena máxima de la expulsión.

Se le decretó la pena de expulsión con la solemnidad que el caso requería. Reunióse toda la comunidad en los claustros, presidida por el personal docente, y a las vibraciones de cuarenta campanazos reglamentarios, un pasante, con voz entrecortada por la emoción, leyó el decreto en que se juzgaba a Cuéllar por rebelde y pernicioso, indigno de pertenecer a la Universidad. Aquel estaba firmado por el Supremo Consejo Directivo, compuesto por el rector, el Director de la Instrucción Pública, un fúnebre bufón de literatura de costurero, y tres profesores atacados de una ingenua e inmodificable aplasia intelectual, digna del mayor acatamiento y respeto...

[...]

Quedó así vengada la disciplina y se dió un ejemplo de magna energía para el futuro. El orden y las instituciones convertíanse de nuevo en bloque inmovible, y el espíritu juvenil tornaba a su vuelo en la semioscuridad por rendijas y rincones, como las cucarachas (pp. 124-125).

Tal era la solemnidad del rito de expulsión, y tan doloroso e imborrable marcaje dejaba en quienes lo padecían, que más tarde uno de los estudiantes, al cometer una infracción que a los ojos de todos ameritaba justa expulsión, solicitó al rector de ese entonces que por favor le evitara el suplicio del rito de expulsión: “—Recuérdese, doctor —terció Restrepo—, de lo que dice El Quijote: ‘Al que has de castigar con obras no le ofendas con palabras, que le basta al desdichado la pena de su suplicio...’” (p. 218).

El régimen de terror y sometimiento educativo en la Universidad de Antioquia empezó a cambiar en 1897 con la presencia de un nuevo rector.

Un nuevo rector, joven y de cerebro amplio, con ideas benévolas sobre los hombres y la existencia, entró a espantar las coloniales que, como murciélagos, rondaban por las salas y claustros del vetusto edificio. Hízose obra de higiene en lo moral y en lo material.

Los calabozos fueron cerrados para siempre. Respetóse la conciencia hasta donde lo permitían las circunstancias, y por donde quiera se sintió el influjo de una racha primaveral. La risa, la alegría y la franqueza dejaron de ser miradas como cosas pecaminosas y el estudio ya no se consideró como el castigo impuesto por los viejos a los jóvenes, convirtiéndose en lo que debe ser; en la más excelsa disciplina del espíritu (p. 139).²

Se suprimieron los calabozos en la Universidad de Antioquia, pero no todas las formas de castigo moral y físico: el vigilante-delator seguía siendo una figura importante para mantener el orden y la norma.

El estudio de medicina no agradaba en lo más mínimo a Julio del Río, pero era el medio que le permitiría alcanzar posición social y respetabilidad. Julio amoldaba su personalidad paso a paso, acorde con los requerimientos de su nueva posición; a la actitud de hombre raro e interesante, que asumió cuando entró a la Universidad de Antioquia para obtener el título de bachiller, agregó otra acorde con su condición de estudiante de medicina; a los estudiantes de cursos inferiores, por su escaso valor, los trataba con cierta benevolencia; con altivez condescendiente de hombre que se cree superior. En las prácticas en el hospital nunca encontraba bien al enfermo: Julio consideraba que mantener al enfermo en incertidumbre era el principio del triunfo del médico; además, estaba convencido de que:

Los hombres gustan de que se les maltrate y engañe. La sencillez, es decir, la honradez, está excluida de sus almas. Quien los abrumba con toda clase de dificultades y los intranquiliza y zarandea como a tristes “peleles”, es el competente y respetable... (p. 234).

La familia preparó el grado de Julio con gran alegría, a pesar de que Julio ya casi ni aparecía por la casa; pero él, en un instante, en medio del aturdimiento de todos, desbarató los planes e ilusiones que tenían en torno a la

² En 1897 la Universidad de Antioquia cambia de nombre por Colegio de Zea y nombran como rector a Eduardo Zuleta, que sucedió en el puesto a Luciano Carvalho.

asistencia al grado de doctor y a la fiesta familiar con la que pretendían celebrar tantos años de sacrificio.

Desde la época de estudiante de medicina se acostumbró a tratar a los pacientes sin ninguna consideración, para hacerlos sentir débiles y humillados; a hacer interrogatorios ofensivos y a auscultar, especialmente a las mujeres, con el mayor detenimiento, no con ánimos morbosos, sino porque esto las rebajaba al máximo, especialmente si eran ricas. Daba tantas instrucciones para el cuidado del enfermo que a nadie en la casa le quedaba un instante de reposo, siempre pendientes de lo dicho por el médico; aumentaba los gastos del enfermo por medio de una consulta cara y la compra desmedida de drogas; de esta forma lograba el desgaste moral, físico y económico de sus pacientes. Como Julio del Río no era un buen médico recurría con frecuencia a las inyecciones de morfina, con lo que el paciente rápidamente decía sentirse muy bien, y los casos clínicos, por simples que fueran, siempre los hacía aparecer como dignos del mayor cuidado, así los pacientes terminaban muy agradecidos.

De manera sistemática Julio del Río supo ir borrando en las mentes de sus compañeros el apelativo de Castero, y que lo relacionaran con el hijo del maestro Juan, el albañil. Rápidamente, el doctor Julio del Río ingresó como médico de familias adineradas. Su largo aprendizaje como lambón y acusetas, como vigilante-delator, empezó a dar los frutos esperados. Ahora sus superiores no son los maestros a los que tiene que agradar, sino que son los ricos; a ellos debe hacer notar en forma solapada las faltas y debilidades de sus colegas o hacer aparecer como descuido médico lo que simplemente era la evolución normal de una enfermedad; y poco a poco va quitando su clientela y credibilidad a sus colegas rivales.

En la sociedad, edificada sobre mentiras y falsas conveniencias, llena de incomprensiones y prejuicios, carente de idealismos y altos respetos, adicta al verbalismo y vanas fórmulas, ciega y sorda para la realidad pujante de los hechos, ignorante en absoluto de las grandiosas y arrolladoras fuerzas que rigen la vida, no

valían los hombres sinceros y nobles. Por sobre ellos, para aplastarlos, estaban los audaces, mistificadores y cazurros. ¡A triunfar, pues, alma elástica y plegadiza! (p. 248).

Una persona encerrada en sí misma, que considera que los sentimientos nobles son debilidad, que no sabe disfrutar ni siquiera de las comodidades adquiridas con la riqueza, nunca piensa que llegue a necesitar un poco de afecto sincero para vivir. Pero ese día le llegó al doctor Julio del Río. Hizo un matrimonio por conveniencia con Alicia Zabala, persona autoritaria, dura y celosa, quien amaba el dinero con vehemencia.

Se casó con ella después de que con sus métodos acostumbrados se apropiara del caso de apendicitis crónica que padecía una joven de la alta sociedad. El doctor Julio del Río, que contaba ya con cierto reconocimiento como médico, contradujo a su colega que diagnosticó operación inmediata para tratar, solo tratar de salvar a la joven paciente. Del Río opinó que era mejor agotar todos los recursos antes de tomar una decisión tan drástica como la cirugía, movido solo por el deseo de aumentar su prestigio y, finalmente, le dieron el caso. Los primeros días la paciente mostró mejoría, pero como el tratamiento no era el adecuado, después de “un copioso vómito negro” murió.

Este fracaso indujo al doctor del Río a casarse. Al poco tiempo vivía en un infierno y “optó por el silencio y el sometimiento absolutos” (p. 421). Poco a poco perdió interés en el trabajo, en el dinero y en la vida. Se entregó a la bebida.

Una personalidad nueva, franca, comunicativa, surgía en él. Los tormentos de su existencia salían al exterior, ingenuamente, sin velos de ninguna clase, como consecuencia natural de un temperamento en exceso ególatra, que todos sus actos y pareceres los juzga importantísimos para el resto de los humanos. Como otras veces había querido infundir siempre respeto y demostrar excepcionales capacidades científicas, ansiaba ahora, ante su vencimiento definitivo, hipertrofiado por los lentes del alcohol, contagiar a sus oyentes de toda la amargura de que estaba pene-

trado, y atraer sobre su cabeza la mayor compasión posible (p. 435).

Inicialmente, le gustaba emborracharse con los amigos para que escucharan su amargura; luego empezó a maldecir la existencia, a sentirse desligado de todos y de todo. Vivía en un completo estado de tortura y fastidio; los días y las noches eran eternas pesadillas, pero lo peor era sentir los efectos del guayabo, por eso, cuando no dormía bebía copa tras copa esperando y convidando a la muerte. En la finca La Esperanza —que le prestara un amigo para su convalecencia— el negro Pachereque respetó su última voluntad de no volverle a hablar ni a transmitir noticias de nadie, pues Julio del Río solo deseaba que mientras moría, echado en la hamaca, nunca le faltara el brandi. Triste final pero muy lógico, pues la vida de este hombre, de principio a fin, fue una deriva sin afecto y sin identidad.

Coda

Alfonso Castro (1878-1943) médico, político y escritor medellinense, de familia liberal y rica. En 1901, a los 23 años, siendo aún estudiante de medicina, publica el libro de cuentos *Notas humanas*.³

En su quinta novela, *El señor doctor*, publicada en 1927, describe la vida y las costumbres paisas. Critica la sociedad y penetra en la psicología de sus personajes; muestra cómo la necesidad de crear héroes, que ascienden poco a poco desde su mísera cuna, hace que el hombre se pierda en una maraña de mentiras y leyendas, y que solo queden héroes con pies de barro.

El caso Julio Ríos, expuesto aquí, es uno de los temas tratados por el autor en *El señor doctor*, donde más que señalar como moraleja que el vigilante-delator cons-

truye poco a poco su propia autodestrucción, muestra una sociedad “adicta a las vanas fórmulas”, que gira en torno al engaño y es ignorante y despreocupada por conocer las fuerzas que formen hombres sinceros y nobles, porque la nobleza de corazón se considera como debilidad.

Al tratar el caso Julio Ríos, dentro de esta clase de sociedad, Alfonso Castro analiza tres factores: el castigo empleado irracionalmente como el medio más fácil para mantener el régimen imperante; la actitud del vigilante-delator que vive a expensas de las debilidades humanas; y una educación que tiene por fin que el alumno estime como fundamental la obtención del título doctoral para conseguir prestigio social y no que se eduque en la alegría de aprender.

³ Sus obras hasta 1927 son *Notas humanas* (cuentos de 1901), *Vibraciones* (cuentos y una novela de 1903), *Hija espiritual* (novela de 1905), diversos estudios e informes publicados en los Anales de las Academias de Medicina de Medellín, Cauca y Manizales, *Los humildes* (novela de 1910), *Ideales* (ensayo de 1919), *Juventud enferma* (estudios de 1919), *Abismos sociales* (novela de 1922), *Juegos malabares* (crónicas y ensayos de 1926) y *El señor doctor* (novela de 1927).